

13. ORACIÓN FINAL A SAN JOSÉ

Al concluir la Hora Santa, el celebrante y la asamblea recitan juntos la oración final a San José.

Oración Carmelita a San José

San José, custodio amante,
de Jesús y de María,
enséñame a vivir siempre
en tan dulce compañía.

Sé mi maestro y mi guía
en la vida de oración;
dame paciencia, alegría
y humildad de corazón.

No me falte en este día
tu amorosa protección,
ni en mi última agonía
tu piadosa intercesión.

S. “Que San José obtenga para la Iglesia y para el mundo, así como para cada uno de nosotros, la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (S. Juan Pablo II, RC n.32).

T. Amén.

HORA SANTA

SAN JOSÉ EN LA ECONOMÍA DE LA SALVACIÓN



RITOS INTRODUCTORIOS

1. EXPOSICIÓN SOLEMNE DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

La celebración inicia con la exposición solemne del Santísimo Sacramento mientras se entona un canto eucarístico. Sigue una breve pausa de adoración a Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento.

Cantemos al Amor de los amores

Cantemos al Amor de los amores,
cantemos al Señor;
Dios está aquí, venid adoradores,
adoremos a Cristo Redentor.

*Gloria a Cristo Jesús,
cielos y tierra, bendecid al Señor,
honor y gloria a Ti, Rey de la gloria,
amor por siempre a Ti, Dios del amor.*

Unamos nuestra voz a los cantares
del coro celestial;
Dios está aquí, al Dios de los altares
alabemos con gozo angelical.

Los que buscáis solaz en vuestras penas
y alivio en el dolor;
Dios está aquí y vierte a manos llenas
mil tesoros de divinal dulzor.

Oh rara caridad y real fineza,
oh dulce memorial;
Dios está aquí con toda su riqueza,
con su Cuerpo y su Sangre divinal.

Por nuestro amor oculta en el Sagrario
Su gloria y esplendor;
para nuestro bien se queda en el santuario
esperando al justo y pecador.

2. ACLAMACIÓN DE ALABANZA Y SALUDO INICIAL

El celebrante hace la aclamación de alabanza y saludo inicial.

S. Les diste pan del cielo. (T.P. Aleluya).

T. Que contiene en sí todo deleite. (T.P. Aleluya).

Luego se pone en pie y dice:

S. Oremos.

Oh Dios, que en este admirable sacramento nos dejaste el memorial de tú Pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente el fruto de tu redención. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T. Amen.

Una vez que ha dicho la oración, el sacerdote o el diácono toma el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o el copón, y sin decir nada, traza con el Sacramento la señal de la cruz sobre el pueblo. A continuación se dicen las alabanzas de desagravio.

Alabanzas de desagravio

Bendito sea Dios.

Bendito sea su santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.

Bendito sea el Nombre de Jesús.

Bendito sea su Sacratísimo Corazón.

Bendita sea su Preciosísima Sangre.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.

Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.

Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.

Bendita sea su gloriosa Asunción.

Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.

Bendito sea San José, su castísimo esposo.

Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

Concluida la bendición, el mismo sacerdote que impartió la bendición u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el tabernáculo, y hace genuflexión, en tanto que el pueblo si parece oportuno, puede hacer alguna aclamación. Finalmente el ministro se retira.

¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio... Y José es 'custodio' porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo" (Francisco, Misa 19-3-2013).

10. 10 MINUTOS DE SILENCIO COMPLETO

A continuación se tienen 10 minutos de silencio completo para meditar personalmente frente al Santísimo en el texto que se acaba de leer y escuchar lo que el Señor quiera decirnos.

IV. RITOS CONCLUSIVOS

11. CANTO EUCARÍSTICO

Se entona un canto eucarístico mientras el celebrante se prepara para dar la bendición solemne con el Santísimo Sacramento, que se da en silencio.

Tantum ergo, sacramentum
venerémur cernui
et antiquum documéntum
novo cedat ritui;
praestet fides supleméntum
sénsuum deféctui.

Genitóri, Genitóque
laus et jubilátio:
salus, honor, virtus quoque
sit et benedictio;
Procedénti ab utróque
compar sit laudátio.
Amén.

12. BENDICIÓN EUCARÍSTICA

Arrodillado, el ministro incienso el Santísimo Sacramento. Luego dice:

- S. “Te adoramos, Jesús Eucaristía, con el Corazón Inmaculado de María;
T. y en Ti profesamos nuestra Fe, con el Casto Corazón de José”.
(Beata María Romero Meneses)
- S. La paz del Señor sea con todos vosotros.
T. Y con tu espíritu.

3. MONICIÓN Y ORACIÓN

El celebrante introduce la celebración con estas palabras. Todos rezan juntos la oración. Luego las personas se sientan o permanecen de rodillas, como cada uno prefiera.

S. En toda Hora Santa se adora, agradece y medita el Misterio incomparable del amor infinito de Dios, que lo llevó no sólo a hacerse Hombre para salvarnos, sino a quedarse permanentemente con nosotros, escondido bajo las apariencias de pan. Como dice Santo Tomás: “En la cruz se escondía sólo la divinidad; aquí también la humanidad está escondida; no obstante, creo en ambas y las confieso” (*Adoro te devote*).

Cuando en una Hora Santa meditamos sobre la Virgen María o San José, le damos gracias a Dios por haber querido realizar Su Plan de Salvación con la colaboración de estas dos criaturas Suyas, y por las grandes cosas que hizo en ellos. Reconocemos que hoy no tendríamos a Jesús Sacramentado, si un día María y José no hubieran dicho “sí” a la Voluntad de Dios y hubieran aceptado convertirse en la Madre y el padre adoptivo del Hijo de Dios, que se encarnaba para salvarnos.

¡Cuán fructífero será siempre meditar sobre el misterio de la Inmaculada Virgen Madre de Dios, de cuya “harina” y en cuyo vientre purísimo se “horneó” el Pan vivo bajado del cielo! ¡Cuán provechoso reflexionar sobre el justo y humilde glorioso Patriarca Señor San José, que con el sudor de su frente alimentó a nuestro Alimento!

¡“Madre Inmaculada y patriarca san José, los que mejor supieron y saborearon el Corazón de Jesús en la tierra, dadnos parte en vuestras intimidades...”! (S. Manuel González, *Obras*, I, n.365, p.339).

Durante este Año de San José promulgado por el Papa Francisco, vamos a meditar sobre diferentes aspectos del misterio del hombre justo que Dios escogió para ser el esposo virginal de Su Madre y el padre adoptivo de Su Hijo. En esta Hora Santa, meditaremos sobre el papel de San José en la Economía Salvífica.

Iniciamos diciendo juntos la siguiente oración de San Alfonso de Ligorio:

T. “San José, según el pensamiento de San Bernardo, fue el siervo fiel y prudente, escogido para ser no sólo el sostén de la Madre de Dios y del mismo Jesucristo, sino también *el fidelísimo cooperador de los designios de la Santísima Trinidad*.

Afortunado San José, puesto que con tanta fidelidad desempeñaste el cargo que te confió la Providencia, te ruego que me concedas la gracia de ser diligente en el cumplimiento de las obligaciones de mi estado. San José bendito, guíame por los caminos del cielo” (*Visitas al Santísimo Sacramento, Visita 11*).

I. PRIMERA MEDITACIÓN

4. LECTURA DE TEXTOS DE LA ESCRITURA, TRADICIÓN Y MAGISTERIO

Un lector solo o varios lectores alternando entre sí leen *despacio* los siguientes textos tomados de la Escritura, la Tradición y el Magisterio.

1. *San José en el Plan Salvífico de Dios*

L.1 “Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos... Matán engendró a Jacob, Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado Cristo” (Mt.1,1-17).

L.2 En Su infinito amor y misericordia, Dios quiso llevar a cabo la Obra de nuestra Salvación contando con la cooperación de la humilde Virgen de Nazaret, a quien llamó a ser Madre y Colaboradora Suya y Madre de toda la humanidad redimida por Él.

Junto con María, no debemos olvidar a San José. Cuando Dios pensó desde toda la eternidad en la Encarnación de Su Hijo, pensó también en la mujer que se convertiría en Su Madre y *en el hombre justo que cuidaría de ambos*.

Según la Economía Salvífica de Dios, tanto María como José eran indispensables para que el Hijo de Dios se encarnara y se hiciera Hombre, muriera en la Cruz y resucitara para salvarnos. Después de Dios, es a la Virgen y a San José a quienes más debemos agradecerles el que un día podamos ir al cielo, sea por lo que hicieron y sufrieron como por lo que hacen ahora con tanto amor por nosotros.

"San José fue llamado por Dios *para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús* mediante el ejercicio de su paternidad: precisamente de esta manera *él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente 'ministro de la salvación'*" (S. Juan Pablo II, RC n.8).

III. TERCERA MEDITACIÓN

9. LECTURA DE TEXTOS DE LA ESCRITURA, TRADICIÓN Y MAGISTERIO

Un lector solo o varios lectores alternando entre sí leen *despacio* los siguientes textos tomados de la Escritura, la Tradición y el Magisterio.

4. *Custodio de los Tesoros de Dios*

L.1 San José ostenta un título muy bello: *custodio*, porque Dios lo llamó a ser el custodio del Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, hasta que llegara el momento de revelarlo, cuando Jesús empezó Su vida pública; el custodio “de Sus tesoros más preciosos”: la Madre Virgen de Dios y el Hijo de Dios, y el custodio de la Iglesia y cada uno de nosotros.

L.2 “Ahora comprendemos un poquito la dignidad de ese hombre, *la confianza que Dios debió de tener a ese hombre para confiarle una mujer tan delicada, tan grandiosa, verdaderamente el lujo de la humanidad*. María, lo más noble de la humanidad, se le entrega a José para que la cuide, para que la proteja. *Y el otro gran ejemplar que fue puesto bajo el patrocinio de San José es Cristo Nuestro Señor...* Cristo en cuanto Hijo de María, descendiente de David, es un Hijo de David como declaraba el Evangelio. Pero no acaba allí la dignidad de Cristo en cuanto ungido por aquella concepción virginal, María concibe en sus entrañas un hombre que al mismo tiempo es Dios... Tu Hijo se llamará Hijo del Altísimo, Hijo de Dios, Cristo el redentor, el que va a perdonar los pecados de todo el pueblo... La grandeza de un hombre no se mide por su categoría social, sino por la nobleza de su corazón, y San José fue eso ante todo, *el hombre de la confianza de Dios para confiarle los misterios nacientes de la redención que ahora se han convertido en la Iglesia Universal*” (S. Óscar Romero, *Homilía* 19-12-1977, Vol.II, p.123-131).

L.3 “¿Cómo ejerce José esta custodia? *Con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total*, aun cuando no comprende. Desde su matrimonio con María hasta el episodio de Jesús en el Templo de Jerusalén a los doce años, *acompaña en todo momento con esmero y amor*. Está junto a María, su esposa, tanto en los momentos serenos de la vida como los difíciles, en el viaje a Belén para el censo y en las horas temblorosas y gozosas del parto; en el momento dramático de la huida a Egipto y en la afanosa búsqueda de su hijo en el Templo; y después en la vida cotidiana en la casa de Nazaret, en el taller donde enseñó el oficio a Jesús.

Padre celestial. Incluso en los momentos difíciles, y a veces dramáticos, el humilde carpintero de Nazaret nunca se arrogó el derecho de poner en tela de juicio el proyecto de Dios. *Espera la llamada de lo alto* y en silencio respeta el misterio, dejándose guiar por el Señor. Una vez recibida la misión, la cumple con *dócil responsabilidad*: escucha solícitamente al ángel cuando se trata de tomar como esposa a la Virgen de Nazaret (Mt. 1,18-25), en la huida a Egipto (Mt.2,13-15) y al volver a Israel (Mt. 2,19-23). Con pocos rasgos, pero significativos, lo describen los evangelistas como *solícito custodio de Jesús, esposo atento y fiel*, que ejerce la autoridad familiar con una constante actitud de servicio. La Sagrada Escritura no nos dice nada más de él, pero este silencio refleja el estilo mismo de su misión: una existencia vivida en la sencillez de la vida ordinaria, pero con una fe cierta en la Providencia” (S. Juan Pablo II, *Audiencia* 19-3-2003).

8. CANTO

Juntos coro y asamblea entonan el himno a San José.

Himno a San José

Hoy a tus pies ponemos nuestra vida;
hoy a tus pies, ¡Glorioso San José!
Escucha nuestra oración y por tu intercesión
obtendremos la paz del corazón.

En Nazaret junto a la Virgen Santa;
en Nazaret, ¡Glorioso San José!
cuidaste al niño Jesús pues por tu gran virtud
fuiste digno custodio de la Luz.

Con sencillez humilde carpintero;
con sencillez, ¡Glorioso San José!
hiciste bien tu labor obrero del Señor
ofreciendo trabajo y oración.

Tuviste Fe en Dios y su promesa;
tuviste Fe, ¡Glorioso San José!
Maestro de oración alcánzanos el don
de escuchar y seguir la voz de Dios.

L.3 Después de la Virgen María, San José es el Santo más grande e importante.

“La grandeza de San José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, ‘entró en el servicio de toda la economía de la Encarnación’...” (Francisco, *Patris corde*, n.1).

San José es "el humilde, silencioso, fiel y admirable *padre putativo* de Nuestro Señor Jesucristo, el *esposo purísimo* de la bienaventurada Virgen María, el Protector de la santa Iglesia, modelo y patrono de los trabajadores cristianos... El que más que ningún otro *conoció, sirvió y protegió los misterios de la infancia de Cristo y de su Madre inmaculada... El santo más afortunado de todos por la gran comunión de vida con Jesús y con María...*

Este es el secreto de la grandeza de San José, que se armoniza muy bien con su humildad: *el haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio, al misterio de la Encarnación y de la misión redentora que le está unida*; el haber usado su autoridad legal, que le correspondía sobre la Sagrada Familia, *para hacerle un don total de sí*, de su vida, de su trabajo; el haber convertido su vocación humana al amor doméstico en *una sobrehumana oblación de sí mismo*, de su corazón y de todas sus capacidades, en el amor puesto *al servicio del Mesías* germinado en su casa... Hijo de María e Hijo de Dios... *Servir a Cristo fue su vida, servirlo en la humildad más profunda, en la dedicación más completa, servirlo con amor y por amor...*” (S. Pablo VI, *Homilía* 19-3-1966).

5. ORACIÓN

Sacerdote y asamblea pronuncian juntos la siguiente oración.

T. ¡Oh Dios!, Tú que has confiado a la fiel custodia de San José los inicios de nuestra redención, concédenos colaborar fielmente en Tu Obra de la Salvación. Danos un corazón puro como San José, que se entregó por entero al servicio del Verbo encarnado. Concédenos que, siguiendo el ejemplo y ayudados por la intercesión de San José, servidor fiel y obediente, vivamos siempre consagrados en justicia y santidad. Haz que aprendamos de él a servir a la Economía de la Salvación y que San José se convierta para todos en un singular maestro del servicio a la misión salvífica de Cristo, deber que en la Iglesia toca a cada uno y a todos" (Cf. S. Juan Pablo II, RC nn.31.32).

6. 10 MINUTOS DE SILENCIO COMPLETO

A continuación se tienen 10 minutos de silencio completo para meditar personalmente frente al Santísimo en el texto que se acaba de leer y escuchar lo que el Señor quiera decirnos.

II. SEGUNDA MEDITACIÓN

7. LECTURA DE TEXTOS DE LA ESCRITURA, TRADICIÓN Y MAGISTERIO

Un lector solo o varios lectores alternando entre sí leen *despacio* los siguientes textos tomados de la Escritura, la Tradición y el Magisterio.

2. Dios le revela a San José Sus Misterios

L.1 “Un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es del Espíritu Santo” (Mt.1,20).

L.2 Al llamar a San José a participar en Su Plan, Dios le revela los Misterios divinos en los que colaborará como esposo virginal de la Madre de Dios y padre adoptivo del Hijo de Dios.

“Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad” (Francisco, *Patris corde*, n.3).

L.3 Fray Luis de Granada (+1588) nos invita a considerar todos los misterios que el ángel le reveló a San José:

"Porque *primeramente aquí le reveló que el Mesías era ya venido al mundo*, y que ya eran cumplidas todas las promesas de Dios, y las esperanzas de todos los santos, y las voces de todas las Escrituras, y las profecías de todos los profetas, y los deseos y remedio de todos los siglos.

Revelóle también qué manera de salud se había de esperar de este Salvador, que no era carnal sino espiritual, no temporal sino eterna, no de cuerpos solamente sino de cuerpos y almas juntamente. Porque en decir que había de ser Salvador de pecados, que son la causa de todos los males así de cuerpo como de alma, y que había de librar a su pueblo de ellos, todo esto le reveló.

Revelóle también la dignidad y excelencia de ese Salvador, porque diciéndole cuán admirable era su concepción y nacimiento, pues era por

obra de Espíritu Santo y de Madre Virgen, por esta tan nueva y nunca vista dignidad mucho pudo conocer de la dignidad de la persona que así nacía, porque bien entendía el santo varón que aquella manera de nacimiento no se debía a pura creatura.

Entendió también cuán grande era el beneficio que Dios a él le hacía, siendo un pobre carpintero, pues de su casa y compañía había Dios ordenado que saliese la luz y la esperanza y la salud y remedio de todos los siglos, y *que él tuviese tanta parte en este tan gran negocio* como era ser amo y padre putativo de aquel tan gran Señor, y esposo de su Santísima Madre.

Sobre todo esto aquí *le reveló la grandeza de la santidad y excelencia de la Virgen...* Y sobre todo, que estos misterios y maravillas le diese Dios a conocer, no por medio de algún hombre, sino de ángel.

Pues cuando un corazón tan puro y santo se viese cercado, o por mejor decir, anegado entre tantos misterios, ¿qué sentiría? ¿Qué haría? ¿Cuál estaría? ¿Cuán pasmado, cuán arrebatado y atónito entre tantas grandezas y maravillas, especialmente siendo estilo del Espíritu Santo dar a los justos el sentimiento de los misterios conforme al conocimiento que les da de ellos?..." (*Vida de Cristo*, Edibesa, Madrid 2000, p.68-71).

3. Fiel ejecutor de la Voluntad de Dios

L.1 La Sagrada Escritura es muy clara en señalar cómo San José siempre escuchaba y cumplía inmediatamente la Voluntad de Dios: cuando el ángel le pide que reciba a María en su casa, que huya a Egipto, que regrese de Egipto, que se establezca en Nazaret (cf. Mt.1,20-21.24; 2,13-15; 19-23).

"Alma de luz es la de José, el justo silencioso y abnegado, que en medio de profundos misterios *conoció claramente la voluntad divina y la ejecutó con maravillosa fidelidad*" (Mons. Luis M. Martínez, *Jesús*, Ed. La Cruz, México, p.364).

L.2 “La actitud fundamental de toda la Iglesia debe ser la de la religiosa acogida de la Palabra de Dios, o sea *la absoluta disponibilidad a servir fielmente la voluntad salvífica de Dios, revelada en Jesús*. Ya al inicio de la redención humana encontramos encarnado el modelo de la obediencia, después de María, precisamente en José, *el que se distinguió por su fiel ejecución de los mandatos de Dios*" (S. Juan Pablo II, RC n.30).

L.3 “2. La palabra "justo" evoca su rectitud moral, su sincera adhesión al cumplimiento de la ley y su actitud de total apertura a la voluntad del